

ARTE RUPESTRE DE GUATEMALA¹

1. Medio ambiente y zonas culturales de Guatemala

La geografía de Guatemala puede ser dividida ente las tierras altas y las tierras bajas. Estas dos zonas naturales juegan un papel diferente en la distribución de los aproximadamente 60 sitios de arte rupestre que han sido reportados (Fig. 42). La cordillera volcánica en el sur, que se extiende en forma paralela a la costa pacífica, domina las tierras altas. Las tierras altas del occidente en su punto más alto constituyen la región más montañosa del país, con la elevación más alta, el volcán Tajumulco, San Marcos (4210 m.s.n.m., ver West 1970: 76). El arte rupestre de las tierras altas se encuentra en diferentes situaciones geográficas, incluyendo aleros, farallones, sobre cantos rodados, típicamente de piedra basalto y, raras veces, en cuevas. Varios sitios se hallan cerca de lagos de volcanes, como el lago Atitlán, el lago Amatitlán, la laguna de Ayarza y la laguna Obrajuelo. Por lo general, existe una fuerte correlación entre el arte rupestre de las tierras altas y la presencia de agua, incluyendo lagos, ríos y fuentes. Los sitios tienden a ser pequeños y se encuentran muy dispersos, raras veces encontramos múltiples sitios en una misma área.

Docenas de ríos corren de las tierras altas hacia el sur cruzando una planicie costera aluvial y desembocando en el Océano Pacífico, en una región donde no se han reportado sitios de arte rupestre. En la otra frontera de la serranía volcánica, hacia el norte, se encuentra una fila de rocas metamórficas siguiendo el curso del río Motagua, el río más largo del país. De los flancos norte de las tierras altas emerge una amplia región de piedra calcárea que cubre el sector norte completo de Guatemala. Se hallan sistemas de cuevas calcáreas en la Sierra de Chamá en la parte alta de Verapaz. En elevaciones menores más al norte de Alta Verapaz está el sistema de cuevas del río Candelaria, donde se ha encontrado arte rupestre (Carot 1982, 1989). La topografía calcárea continúa hacia el norte al departamento de El Petén que comprende la mayor parte de las tierras bajas. Esta región está cubierta completamente por piedra caliza dolomítica y es relativamente plana con la excepción de pequeños cerros, lomos, cuevas y depresiones inundadas temporalmente, llamadas bajos. La planicie del Petén forma la base de la península de Yucatán y puede ser caracterizada como un bosque tropical con abundante lluvia de monzón y una marcada época de sequía. El *karst* de El Petén abunda en cuevas con una importante colección de arte, la forma principal de arte rupestre en las tierras bajas. El río Usumacinta forma la frontera occidental de El

1 Traducción del inglés de Matthias Strecker y Grel Aranibar-Strecker.

Petén, que lo separa de Chiapas, México. Docenas de ciudades mayas se encuentran en las orillas de este río, como también de sus afluentes. Aparte de un lago mayor, Petén-Itzá, lagos pequeños y lagunas aparecen a través de El Petén. Sin embargo, el lago más grande del país es el lago Izabal que se encuentra cerca de la Sierra de las Minas. Mientras algunos sitios de arte rupestre se hallan en asociación con lagos de las tierras bajas, por ejemplo, dibujos incisos en una cueva cerca del lago Izabal (Orozco y Bronson 1991), ésta asociación se hace más notable en las tierras altas.

En el período precolombino, casi toda la región de Guatemala estaba habitada por gente de habla de idiomas mayas, de los cuales todavía existen aproximadamente 30, en gran parte en las tierras altas. Aparte de los mayas, las etnias Xinca y Pipil vivían en partes de Guatemala. La división geográfica entre tierras altas y tierras bajas también representa una división cultural y lingüística entre los antiguos habitantes de Guatemala. Mientras los mayas del altiplano, como los Quiché o Kaqchiquel, hoy en día son los indígenas más numerosos y los más representativos de la cultura maya, fueron los mayas de los llanos de El Petén, hablantes de los idiomas Cholan, quienes desarrollaron la civilización precolombina más elaborada de Guatemala con sus magníficas ciudades de piedra, arte e inscripciones jeroglíficas. Como se discute abajo, el arte rupestre de la cultura clásica maya se halla mayormente en cuevas. Cuando discutimos la civilización maya de las tierras altas y las tierras bajas, se usa una secuencia cronológica con los siguientes períodos: Preclásico Temprano (1200-900 a.C.), Preclásico Medio (900-300 a.C.), Preclásico Tardío (300 a.C.-250 d.C.), Clásico Temprano (250-600 d.C.), Clásico Tardío (600-800 d.C.), Clásico Terminal (800-900 d.C.), Postclásico Temprano (900-1200 d.C.) y Postclásico Tardío (1200-1530 d.C.).

2. Historia de la investigación del arte rupestre

Aunque Strecker (1982: 13) enlista informes sobre arte rupestre de Guatemala que datan de la mitad del siglo XIX, la mayoría de estas fuentes tienen poca relevancia para la historia de la investigación del arte rupestre de Guatemala. El sitio más problemático es Cinaca-Mecalco, descrito por José Antonio Urrutia en su carta de 1856, publicada en traducción al inglés por E.G. Squier (1858). Describe un templo labrado en roca en un asentamiento espectacular llamado Cinaca-Mecalco cerca de Comapa, Jutiapa, y dice que contiene jeroglíficos pintados y grabados. Strecker ha interpretado este texto como una referencia temprana a un sitio de arte rupestre. Aunque Cinaca-Mecalco era bien conocido a los estudiosos del siglo XIX (por ejemplo, Brasseur de Bourbourg 1858: 80-81, Bancroft 1875: 116-117), nunca se localizó este sitio. En 1981, Gary Rex Walter trató en vano de encontrarlo. Por eso, no tenemos evidencia de que Cinaca-Mecalco alguna vez hubiera existido como lo describió Urrutia.

Otros informes sobre arte rupestre de Guatemala de la mitad del siglo XIX, mencionados por Strecker, se refieren a relieves rocosos en la región al pie de la serranía (*piedmont*) en la costa pacífica. Se trata de un estilo de arte conocido como

Cotzumalguapa. La cultura correspondiente data de entre 600 y 1000 d.C. y tuvo una difusión notable desde el sudoeste de Guatemala hasta el oeste de El Salvador. Su centro político estaba situado cerca de la ciudad moderna de Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla (Chinchilla 1996). Algunas obras en relieve de Cotzumalguapa han sido clasificadas como arte rupestre porque están sobre piedras toscas (Parsons 1967, 1969). Sin embargo, aparte de esta clasificación, nunca se ha estudiado la cuestión del arte rupestre de Cotzumalguapa en forma adecuada, y no está clara su relevancia para la historia del arte rupestre de Guatemala.

Recién a principios del siglo XX aparecen en la literatura datos más significativos sobre el arte rupestre, mayormente en las publicaciones de viajeros y científicos pioneros de Alemania. Teobert Maler hace la primera referencia sobre arte rupestre de las tierras bajas. En 1901 nota la presencia de grabados sobre roca calcárea de la ciudad clásica maya Piedras Negras (Maler 1901: fig. 15), posteriormente informa sobre una figura de estalactita con una cara grabada en una cueva en la cercanía del río Usumacinta (Maler 1903: 2002). Después del trabajo manifiesto de Maler, no se escribió nada sobre el arte rupestre maya clásico de las tierras bajas hasta 1935 cuando Linton Satterthwaite (museo de la universidad de Pennsylvania), director de un proyecto de excavaciones en Piedras Negras, publicó otro informe de los grabados rupestres, enterado del trabajo previo de Maler. El artículo de Satterthwaite es el primero que entra en una interpretación profunda sobre un sitio de arte rupestre guatemalteco. Atribuye los petroglifos abstractos de Piedras Negras a una fase “primitiva” temprana de arte maya. Sugirió que otro petroglifo con imagen clásica maya reflejaba una etapa artística intermedia que precedió al período de escultura clásica de Piedras Negras. Aunque esta segunda teoría de Satterthwaite no es correcta, los petroglifos abstractos de Piedras Negras podrían pertenecer al tiempo de la ocupación más temprana del sitio durante el Preclásico (Stephen Houston, comunicación personal 2002).

Aparte de los comentarios de Maler y Satterthwaite sobre Piedras Negras, casi todas las obras publicadas sobre arte rupestre de Guatemala durante la primera mitad del siglo XX se referían a sitios en las tierras altas, donde los científicos podían viajar con mayores facilidades, en comparación con los llanos desolados. Se menciona el arte rupestre del altiplano en los escritos de los estudiosos Eduard Seler (1901), Franz Termer (1930) y Carlos Sapper (1925). Aparte de estos etnólogos y geógrafos alemanes, existen varios informes de parte de arqueólogos americanos, afiliados a instituciones que auspiciaron investigaciones en el área maya, en primer lugar el museo universitario de la universidad de Pennsylvania y la Carnegie Institution de Washington. Robert Burkitt, de la primera institución mencionada, informó sobre una pintura cerca del volcán de Tajumulco (Burkitt 1924) como también sobre una “figura humana tosca, de una altura de medio metro, esbozada sobre la cara de una roca” en la región de Ixil de El Quiché (Burkitt 1930: 51).

Edith Ricketson, una americana afiliada a la Carnegie Institution, hizo una contribución temprana al estudio del arte rupestre guatemalteco. Trabajó con su esposo, Oliver Ricketson Jr., en el proyecto de Uaxactún, Petén, en los años 1920 y 1930

(Ricketson y Ricketson 1937). Tiene el mérito de haber emprendido por primera vez una expedición con el único objetivo de estudiar un sitio de arte rupestre en Guatemala (Ricketson 1936). Documentó un grupo de pinturas del lago Ayarza, Santa Rosa e identificó correctamente su estilo como perteneciente al Postclásico Tardío comparando esas pinturas con figuras en códices de México central. Desafortunadamente marcó los bordes de las pinturas con carbón para mejorar sus fotos.

Samuel Lothrop, otro arqueólogo americano, también afiliado a la Carnegie Institution, llevó a cabo investigaciones tempranas del arte rupestre alrededor del lago Atitlán. Su monografía del año 1933 sobre la arqueología del lago menciona las rocas grabadas del sitio arqueológico de Chuitinamit y de un lugar llamado Pachiuac. Aunque dijo muy poco sobre el arte rupestre, publicó dibujos de los petroglifos, muy superiores a cualquier otra documentación del arte rupestre publicado anteriormente.

Recién en los años 1970 se desarrollaron estudios de arte rupestre guatemalteco como una rama propia de la arqueología, cuando varios investigadores americanos afiliados al archivo de arte rupestre de la universidad de California en Los Angeles – Brian Dillon (1982), David Whitley y Clement Meighan – trabajaron en Guatemala. Al mismo tiempo surgió el reconocimiento de arte rupestre en estilo olmeca en Guatemala (Dillon 1982: 69). Se reconoció el Monumento 1 de Abaj Takalik como un ejemplo de tal estilo (Parsons 1973). En 1977 se descubrieron pinturas en estilo olmeca en un farallón de los cerros más arriba del lago Amatitlán (Mata 1998). Edwin Shook las investigó el mismo año, pero no llegó a publicarlas (Ericastilla 1998). El descubrimiento de arte rupestre en estilo olmeca en Guatemala coincidió con el hallazgo de pinturas parecidas en cuevas de otras regiones de Mesoamérica (ver el resumen en A. Stone 1995: 46-50).

En los años 1960 y 1970 empezó una nueva etapa de la investigación del arte rupestre guatemalteco, cuando el foco se trasladó lentamente a las tierras bajas mayas, tendencia que incrementó dramáticamente en los años 1980, atrayendo una cantidad de proyectos de investigación sin precedentes. Ocurrieron descubrimientos de arte rupestre muy seguidos en El Petén, donde antes se habían conocidos pocos sitios. Se hicieron algunos descubrimientos en el curso de investigaciones regulares de sitios. En un caso, en el Proyecto de Tikal, se halló un relieve del Clásico Tardío sobre roca calcárea al lado de la vía Maler mostrando a dos prisioneros e inscripciones de jeroglíficos (Coe 1967: 84). Nicholas Hellmuth (1978: 88-89) informó sobre petroglifos curvilíneos grabados en un área rocosa del sitio clásico de Yaxhá. En 1970 Ian Graham descubrió un alto relieve en un farallón a 85 km al sudoeste de Flores, que se conoce ahora como el grabado del farallón de San Diego y fue documentado recientemente por un frotaje realizado por arqueólogos de la universidad de San Carlos (Gálvez Mis 1995). También empezaron los descubrimientos de arte rupestre en cuevas. En los años tardíos de 1970, el espeleólogo francés Michel Siffre exploró cuevas en el área de Poptún e informó sobre una cantidad de cuevas con improntas de manos, dibujos de carbón, petroglifos y estalagmitas grabadas (Siffre 1979). Fue la primera indicación de que el sudeste de El Petén era una importante localidad de arte

rupestre, lo que se confirmó pronto.

Esta tendencia se incrementó considerablemente cuando en 1980 se descubrieron las pinturas de Naj Tunich, una cueva en la vecindad de los sitios reportados antes por Siffre (A. Stone 1995). Este descubrimiento inició la investigación intensiva del arte rupestre de las cuevas en tierras bajas mayas de parte de Andrea Stone y James Brady. El hallazgo de Naj Tunich, con su colección grande de pinturas clásicas de figuras humanas y textos jeroglíficos, atrajo la atención al arte de las cuevas mayas como nunca antes, ayudado por la publicación en la revista *National Geographic* (G. Stuart 1981). Antes de esto, el arte de las cuevas mayas era prácticamente desconocido, habiendo solamente sido discutido en una manera superficial por J. Eric. S. Thompson (1975).

El interés en el arte de las cuevas mayas floreció en los años 1980 sin cesar hasta nuestros días. Entre los nuevos descubrimientos de los años 1980, se puede mencionar una cueva de San Miguel que contiene dibujos de carbón (Grube 1989; Siller 1989) y la de Santo Domingo, cerca de Naj Tunich, que contiene inscripciones jeroglíficas (Brady y Fahsen 1991). Durante los años 1990, James Brady logró importantes avances en la investigación del arte de las cuevas mayas. Documentó varios nuevos sitios (Brady 1997) y expresó sus ideas sobre espeleotemas, es decir, estalagmitas y estalagtitas que habían sido grabadas, generalmente con caras humanas toscas (Brady 1999).

Una de las cuevas descubiertas por Brady, conocida como Cueva de las Pinturas, se encuentra cerca de Cobanerita, al sur de Flores, y tiene una larga inscripción jeroglífica (Brady et al. 1997). Brady y su colaborador, el ingeniero eléctrico Gene Ware de la universidad Brigham Young (Utah), aplicaron en la documentación de este texto y de las pinturas de Naj Tunich una nueva técnica produciendo imágenes multiespectrales (Ware y Brady 1999). El uso de esta técnica para hacer resaltar las imágenes y clasificar los pigmentos (Ware et al. 2001) significa un avance tecnológico importante en el estudio del arte rupestre pintado de Guatemala.

En los años 1990s ha surgido un nuevo interés en el arte rupestre de las tierras altas. Varios grupos de arqueólogos guatemaltecos han llevado a cabo investigaciones en esta región, uno tiene un proyecto en curso en una serie de aleros con pinturas en el altiplano de Chiquimula en la parte oriental del país (Batres et al. 1997, 1998, 1999; Pérez de Batres et al. 1999). Edgar Carpio ha documentado petroglifos asociados con varios sitios del lago Amatitlán (Carpio y Román 1999, 2000). Andrea Stone y su colega guatemalteco, Sergio Ericastilla Godoy, realizaron una prospección de nueve sitios en las tierras altas (A. Stone y Ericastilla 1999). Eugenia Robinson documentó pinturas rupestres de La Casa de las Golondrinas, cerca de Antigua. Este sitio posee más de 100 pinturas, actualmente es el más grande de pinturas rupestres en el altiplano guatemalteco y tal vez en todo el país (Robinson y Ware 2001). También se está haciendo intentos de lograr dataciones absolutas. Varios proyectos de las tierras altas tratan de conseguir fechamientos radiocarbónicos de pinturas aunque todavía no han realizado el muestreo (Eugenia Robinson, comunicación personal, 2002). Por otro

lado, se obtuvieron dataciones radiocarbónicas de dos sitios en cuevas de las tierras bajas. James Brady (comunicación personal, 1999) sacó una muestra de la Cueva de las Pinturas, pero los resultados no fueron concluyentes. También se obtuvieron dataciones radiocarbónicas de varias pinturas de Naj Tunich (Armitage et al. 2001; Rowe 2001: 153-154). En el estado actual de investigación del arte rupestre en Guatemala se hace evidente una mayor participación de arqueólogos profesionales, cada vez más de Guatemala, haciendo mayor uso de tecnologías especializadas. También están en camino amplios estudios regionales y analíticos. Aparte de la reseña general por Dillon (1982), ya no actual, Murray y Valencia (1995) ofrecieron observaciones generales sobre el arte de las cuevas en Guatemala. Stone (A. Stone y Künne, en prensa) realizó una prospección de arte rupestre guatemalteco en los últimos cinco años y también ha publicado una reseña general de pinturas en cuevas mayas (A. Stone 1995). Brady (1999) ha resumido la información sobre espeleotemas de cuevas de las tierras bajas. A. Stone y Ericastilla (1999) discuten el arte rupestre como un fenómeno general en las tierras altas. Estas perspectivas amplias ayudan a esclarecer cuestiones mayores en la investigación del arte rupestre guatemalteco y hacen posible niveles de interpretación más altos.

3. Las tierras bajas mayas del departamento de El Petén

Cuevas con arte son bastante raras a nivel mundial (A. Stone y Bahn 1992), lo que da especial significado a los ejemplos encontrados en Guatemala. En las tierras bajas se conocen aproximadamente 19 sitios, de los cuales la mayoría se halla en la mitad oriental del departamento de El Petén. La cueva más impresionante es Naj Tunich, que fue descubierta en 1980 (G. Stuart 1981) y estudiada a profundidad por A. Stone (1982, 1985, 1989a, 1995). Se ubica en los cerros al sudeste de la ciudad moderna de Poptún. La cueva contiene 89 pinturas de un color de carbón oscuro y 5 petroglifos que consisten en líneas rayadas ligeramente. Todo el arte, con excepción de una pintura, se encuentra en zona de oscuridad. Es necesario trepar bajadas o subidas escarpadas para llegar a algunos de los motivos. Lo más inusual de estas pinturas es su estilo caligráfico elegante, tan refinado como en las vasijas pintadas del Clásico tardío (Fig. 43). Los textos jeroglíficos revelan que las pinturas de la cueva fueron producidas para miembros de la alta elite de ciudades mayores, como Caracol, Dos Pilas e Ixkun. Se puede fechar el arte por las inscripciones a los siglos tardíos VII y VIII. Naj Tunich es la única cueva de las tierras bajas que presenta pruebas detalladas de un uso por personas de alto rango, como expresado en el arte mural. Las evidencias muestran que esta cueva fue un centro de peregrinaje regional, visitado por gente de la nobleza de diferentes entidades políticas quienes compartían su uso (A. Stone, en prensa). El trabajo de los expertos en la escritura maya, como Nikolai Grube (Martin y Grube 2000: 95-97) y David Stuart (1998), ha demostrado que los jeroglifos se refieren a asuntos políticos, incluyendo tributos y guerra (Colas 1998). Los textos e imágenes

de la cueva resaltan el rol de los escribanos (Stuart 1988; Coe y Kerr 1998). En el contexto de la cueva como un escenario ritual, las pinturas ilustran varias figuras humanas desnudas y raras, ocupadas en ritos que han sido interpretadas de manera diversa (Strecker 1987; A. Stone 1995). Un texto pintado (Dibujo 90) denomina una estalagmita como “dios venado” confirmando que los mayas consideraban a las espeleotemas como seres sobrenaturales. Imágenes multiespectrales han demostrado que varias de las pinturas han sido retocadas (Ware y Brady 1999; Ware et al. 2001).

Dentro de un radio de 30 km alrededor de Poptún, la región tiene una cantidad extraordinaria de cuevas decoradas con pinturas, dibujos de carbón, petroglifos y algunas espeleotemas modificadas espectaculares (Fig. 45). En realidad, esta parte del sudeste de El Petén tiene una gran concentración de sitios de arte rupestre, algo raro en Guatemala. Muchos sitios se encuentran al sur de Poptún hacia la ciudad de San Luis, especialmente en el área montañosa al este de la carretera de El Petén. Uno de los sitios es Santo Domingo, una cueva en la cercanía de Naj Tunich, que contiene dos inscripciones jeroglíficas, lastimosamente muy erosionadas (Brady y Fahsen 1991; Fahsen y Brady 1993; A. Stone 1995). Otras cuevas decoradas en la misma región incluyen Jobonche, estudiada por J. Brady (1999), y Pusilá, Jovelte y Jutéria, documentadas por Michel Siffre (1979). Pusilá es de especial importancia ya que también contiene dibujos de carbón de figuras y caras en perfil del Clásico Tardío, círculos concéntricos, meandros, improntas de manos y una impronta de pie (A. Stone 1995: 98).

Estas tres cuevas tienen una cantidad excepcionalmente grande de petroglifos, en la mayoría se trata de caras esquemáticas representadas de frente, y espeleotemas modificadas. Como resumido por Brady (1999), las espeleotemas modificadas se hallan en cuevas a través de las tierras bajas mayas, con la concentración más grande en el sudeste de El Petén. También ocurren en cuevas del Caribe, en Cuba y Jamaica, de manera que representan una especial tradición americana de arte de las cuevas. Muy probablemente, los mayas antiguos veneraban espeleotemas modificadas como espíritus protectores o ancestros deificados (Brady 1999; A. Stone en preparación; Bassie Sweet 1991: 82-86, 1996: 152).

También se encuentran cuevas con arte al norte y oeste de Poptún. A 20 km al oeste de Poptún se encuentra la cueva de Corosal con varias espeleotemas modificadas y caras toscas representadas de frente (Siffre 1979: 163-165, figs. 94-100). Otra cueva que Siffre llama Poxte, pero que ha sido denominada más tarde Balam Na I (J. Brady, comunicación personal, 2002) está a 16 km al noroeste de Poptún; tiene una cantidad extraordinaria de petroglifos considerando su tamaño pequeño de 40 m de largo. Brady et al. (2001) documentaron aproximadamente 25 figuras toscamente grabadas que en su mayoría muestran caras sencillas representadas de frente, bordeadas por círculos. Sin embargo, varios motivos son más complejos. Uno ha sido identificado como una cabeza de felino que tiene caras en el área de los ojos (ibid.: 12; Siffre 1979, fig. 16), otro como el glifo *akb'al* (Brady et al. 2001: 18). Este grabado tiene restos de pintura roja oxidada. Los petroglifos ocurren sobre columnas calcáreas y otras formaciones de la cueva (“flowstone”). Siffre (1979: 138-139, figs. 65-75)

informó sobre dos cuevas con pinturas al oeste de la ciudad de Machaquilá, al norte de Poptún, que contienen improntas de manos, puntos rojos y espeleotemas modificadas. El sitio arqueológico de San Miguel se encuentra a 24 km al oeste de Poptún y está asociado con varias cuevas, una de las cuales es la llamada Cueva de las Pinturas con dibujos de carbón de figuras humanas, animales, representaciones fitomorfas y geométricas (Grube 1989; Siller 1989; A. Stone 1995: 97). Se sabe poco de esta cueva que necesita investigaciones adicionales.

Un importante grupo de cuevas con arte se halla en la región central de El Petén, al sudoeste de Flores, cerca del pueblo de Cobanerita. Brady (1997; Brady et al. 1997) documentó arte rupestre en cuatro cuevas, de las cuales la más importante es la Cueva de las Pinturas (llamada Cueva de Galón por Mayer 1995). Tiene tres inscripciones jeroglíficas policromas. El texto más largo consiste en 30 glifos pintados de manera desprolija en capas de rojo y negro sobre un fondo amarillo, en un uso único en una cueva maya de pintura en capas. Como ya fue mencionado, el intento de Brady de fechar fibras de superficie en la inscripción no dio resultado. Dos otras inscripciones en esta cueva consisten en un texto de dos glifos y un glifo pintado en rojo, negro y amarillo sobre una roca dentro de un muro masivo hecho por el hombre (Fig. 46). La Cueva de las Pinturas, como otras tres cuevas de Cabanerita - conocidas como Tecolote, Los Sapos y Los Monos - tiene arte rupestre de espeleotema, representando caras de animales.

En 1967, Ian Graham, quien ha realizado trabajos de campo en Guatemala por más de cuatro décadas, descubrió una escultura tridimensional única, cubierta de estuco, representando a una deidad, al parecer grabada en la roca natural de una cueva no identificada en El Petén. Su fotografía fue publicada en Stuart y Stuart (1977: 53) quienes indicaron que la escultura había sido destruida después de la visita inicial de Graham. La pérdida de esta figura es trágica porque comprobó que los mayas creaban imágenes detalladas de dioses en cuevas. Raramente encontramos estas esculturas complejas ya que son muy frágiles y se destruyen fácilmente. También se destruyó la cara de una deidad modelada en barro en Actun Chek, Belice (McNatt 1996: fig. 7).

3.1 Sitios al aire libre en El Petén

Algunos sitios al aire libre se hallan en el departamento de El Petén. El grabado del farallón San Diego está localizado cerca de la laguna de San Diego, a 85 km al oeste de Flores. Se trata de un bajo relieve con detalles, que tiene una altura de más de 2 m, ejecutado en lo alto de un farallón expuesto a los elementos. En 1995 los arqueólogos guatemaltecos Marco Antonio Leal y Edwin Salvador López Aguilar produjeron un frotage del grabado para el Instituto de Antropología e Historia (Gálvez 1995). Este relieve es uno de los monumentos más tempranos representando a un gobernante maya en vestimenta ceremonial, además con una de las inscripciones más antiguas, posiblemente de 200 d.C. Fue descubierto por Ian Graham en 1970, pero él mantuvo el hallazgo en secreto por muchos años y hasta ahora todavía no se ha publicado

ningún estudio formal del relieve.

Piedras Negras, ubicado al borde del río Usumacinta, es una de las pocas ciudades clásicas mayas con una cantidad significativa de arte rupestre. El primero que lo notó fue Maler (1901), seguido por Satterthwaite (1935). El arte rupestre presenta formas de esculturas en estilo clásico y también tiene elementos geométricos como círculos y espirales. Algunas lozas de roca grabadas con petroglifos abstractos fueron utilizadas en construcciones arquitectónicas, lo que da un *terminus ante quem* apuntando a su fecha temprana, probablemente del Postclásico (Stephen Houston, comunicación personal, 2002). Lozas de roca con petroglifos curvilíneos también fueron usadas en un contexto fechable, otra vez apuntando a una fecha temprana (ver abajo). En ambos casos, estos grabados abstractos curvilíneos están colocados cerca de fuentes de agua.

El arte rupestre del período clásico de Piedras Negras también está asociado con agua. Un bajo relieve del Clásico Tardío cubre una roca plana, llamada “Roca de Sacrificios” por Maler, que se halla al lado del Usumacinta y muestra dos figuras bordeadas por un marco circular. Otro grabado en estilo clásico tardío muestra un caparazón de tortuga con la cabeza de la deidad K’awil (Dios K) apareciendo a un lado. Sobre el caparazón está la fecha 6 Ajaw. Es interesante que los gobernantes de Piedras Negras solían asumir el título *ahk* o “tortuga” como parte de su nombre de rey (Houston et al. 2001: 69). El petroglifo de tortuga se halla en un farallón encima de un arroyo y mantiene evidencias de ritos propiciatorios en forma de nichos cavados para ofrendas (Stephen Houston, comunicación personal, 2002).

Espirales y meandros fueron grabados en la roca del sitio clásico de Yaxhá en el borde de la laguna Yaxhá, al noreste de Flores. Hellmuth (1997: 88-89) ilustra secciones grabadas de la roca como también de la base de la Estela 6 de Yaxhá que muestra el mismo diseño de remolinos. Al parecer, la roca que fue usada para la estela, ya tenía petroglifos. Esto indica que los petroglifos anteceden el fin del siglo V cuando se produjo la Estela 6. También es importante hacer notar la asociación de los grabados rupestres al aire libre con un lago.

3.2 Alta Verapaz y Baja Verapaz

Carot (1989: 26-28, figs. 19 y 47) notó dos petroglifos en una cueva del río Candelaria en el norte de Alta Verapaz: una cara esquemática, grabada en una pared, y una cruz encerrada en un círculo, formada por una serie de cúpulas o tacitas sobre el piso de la cueva. Carot observa que el círculo está en el límite exacto entre la luz de día y la zona oscura y discute ampliamente su posible significado como un caso del motivo de la cruz percutida, de la cual se conocen muchos ejemplos en Mesoamérica. En la misma región existe la cueva Bombil Pec que tiene cinco pinturas de animales en negro, incluyendo dos monos (Carot 1982, 1989: 17). En su prospección en el valle de Salamá de Baja Verapaz, Sharer y Sedat (1987) encontraron una cantidad de cantos rodados con grabados. La llamada Piedra del Tigre (ibid.: lámina 13.4) tiene graciosos

elementos curvilíneos que estilísticamente recuerdan el arte clásico maya. Por otro lado, Monumento 21 (ibid.: láminas 18.26-18.29) tiene docenas de cúpulas o tacitas y elementos lineales simples.

4. El altiplano occidental

4.1 Lago Amatitlán

En Cerro de la Mariposa más arriba del lago Amatitlán está el sitio El Diablo Rojo que preserva una pintura en estilo olmeca de dos figuras paradas enfrentándose (altura: 1,88 m) pintadas en color rojo. Hoy día se hallan sobre una quebrada profunda y solamente pueden ser observadas de cerca mediante un andamio elaborado, lo que Edwin Shook intentó en 1977 (Mata 1998); sin embargo, nunca publicó los resultados de su intento de documentación. En 1985 Sergio Ericastilla y Gary Rex Walter realizaron un calco de la pintura y produjeron un dibujo, recientemente publicado (Ericastilla 1998). El estilo rígido de las dos figuras claramente las relaciona con el arte olmeca del Formativo Medio. Parsons (1986: 90) ubica Diablo Rojo en su grupo del Estilo II atribuido al período “olmeca tardío”, entre 900 y 500 a.C. Considerando esta datación estilística inequívoca, el sitio representa uno de los ejemplos más antiguos del arte rupestre firmemente datado en América Central.

En los sitios Monte Sión y Mejicanos del lago Amatitlán existen cantos rodados basálticos con petroglifos, que fueron estudiados por Carpio y Román (1999, 2000). Varios de ellos tienen depresiones y canales, al parecer para hacer fluir agua (Fig. 47). Otros grabados incluyen simples figuras de frente y diseños geométricos, así como cantos modificados representando caras gigantescas. Su datación es insegura, pero asentamientos asociados tenían una ocupación del Clásico Temprano y Tardío.

4.2 El Valle de Antigua

La Casa de las Golondrinas en el valle de Antigua tiene más de cien pinturas rojas en una pared de 500 m en lo alto del río Guacalate. Las pinturas están muy erosionadas, pero Eugenia Robinson y Gene Ware reconocieron su cantidad impresionante después de documentar el sitio con imágenes multispectrales en el año 2000 (Robinson y Ware 2001). Se trata de una de las concentraciones más grandes de pinturas rupestres en Centroamérica. Robinson ha integrado su estudio en un proyecto de excavaciones de larga duración, un enfoque al arte rupestre centroamericano que se requiere urgentemente. La mayoría de las pinturas de Golondrinas muestran figuras esquemáticas de animales que no permiten una asociación con los estilos conocidos del arte mesoamericano (Fig. 48). Sin embargo, una pintura ilustra un glifo de calendario en estilo azteca (Robinson 1997: fig. 7.6). Tal arte rupestre del Postclásico Tardío

esporádicamente existe en el altiplano de Guatemala y Chiapas y ha sido atribuido a contactos con los aztecas (Navarrete 1996). En términos generales, la influencia de México central en el arte rupestre de Guatemala es un asunto complejo relacionado a la influencia de inmigrantes nahuas y comerciantes que entraron a Centroamérica a partir del período clásico terminal, como también al mayor prestigio de la cultura mexicana central.

4.3 Lago Atitlán

El Lago Atitlán, habitado por los mayas Tzutujil, es considerado por muchos conocedores de la región el lago más bello de las tierras altas de Guatemala. Nunca se hizo una investigación sistemática de los sitios de arte rupestre en sus alrededores, aunque tal estudio sería de suma importancia. El único sitio de arte rupestre publicado en detalle es Chuitinamit, un asentamiento antiguo, denominado Chiy'a en Tzutujil, que fue reportado por Lothrop en 1933. Los restos arquitectónicos de Chuitinamit se hallan sobre un cerro al pie del volcán San Pedro, al oeste de Santiago Atitlán. Chuitinamit fue la capital de los Tzutujil durante el período postclásico (Fox 1978). Stone y Ericastilla visitaron el sitio brevemente en 1997 para evaluar el estado del arte rupestre (A. Stone y Ericastilla 1999: 779-780). Observaron cuatro cantos grabados en las terrazas debajo de las ruinas, de los cuales uno había sido publicado por Lothrop (1933: fig. 50); muestra un relieve elaborado de un zoomorfo en perfil que cubre la parte superior del canto. No se logró localizar otro relieve detallado de un zoomorfo en perfil, publicado también por Lothrop (1933: fig. 49). Navarrete (1996: 322, fig. 24-25) considera que estos dos petroglifos pertenecen al Postclásico. Se notaron varios otros grabados detallados, pero su estado erosionado no permitió un análisis. Residentes de la zona mencionaron la existencia de muchos más cantos grabados en Chuitinamit, pero indicaron que o se encontraban enterrados o que habían sido saqueados recientemente. Una investigación exhaustiva de la región seguramente hallaría una colección substancial de arte rupestre.

Lothrop (1933: fig. 41) también publicó el dibujo de un canto rodado grabado en el sitio llamado Pachiuaq, que representa un zoomorfo cuadrúpedo con una depresión en su dorso. En 1997 A. Stone y Ericastilla trataron de ubicar esta roca que se encuentra en una finca particular, pero no consiguieron acceso. Depresiones artificiales en la superficie de cantos rodados ocurren frecuentemente en el arte rupestre del altiplano de Guatemala (Carpio y Román 1999, 2000) y probablemente servían como recipientes de agua. Cerro de Oro, otro sitio conocido de los alrededores del lago Atitlán, ha sido estudiado por John Fox (comunicación personal, 1998), pero todavía queda inédito. Fox dice haber encontrado petroglifos que representan signos de los días del calendario mexicano.

4.4 *Quetzaltenango*

Un canto rodado grabado, denominado El Manantial, está en el piedmont pacífico del departamento de Quetzaltenango, entre Flores Costa Cuca y Génova (A. Stone y Ericastilla 1999: 778-779). Mide 1,80 m de altura y está parcialmente sumergido en el río Chiquito (Fig. 49). Solamente la parte superior está grabada. En su parte más alta se encuentra una depresión, de la cual sale un canal de desagüe. Por lo menos tres caras de frente, una de las cuales es una calavera, están grabadas alrededor de los bordes. También existen diseños curvilíneos, algunos de los cuales terminan en cabezas de serpientes. La localización al lado de un río y las depresiones concuerdan con la relación de arte rupestre del altiplano con fuentes de agua. Un petroglifo fue también reportado en la vecindad de la ciudad de Quetzaltenango por Sapper (1925: 393, fig. 2).

4.5 *Huehuetenango y San Marcos*

Se conoce arte rupestre en la Sierra de los Cuchumatanes de Huehuetenango y las montañas remotas de San Marcos. Un alero a 13 km de Nentón, Huehuetenango, contiene docenas de diseños geométricos en los colores café y azul, así como caras esquemáticas de frente y animales. El grosor de las líneas, los colores y el gran tamaño de los motivos son inusuales. Hasta ahora, este sitio solo ha sido reportado en una revista de divulgación popular (El Andante 1999). Seler (1901, fig. 88) también informó sobre un sitio de pinturas rupestres cerca de Nentón. Burkitt (1924) menciona una pintura rupestre en la vecindad del volcán Tajumulco, San Marcos. En el curso de una investigación arqueológica, Tejada Bouscayrol y Nuttall (1999) encontraron un alero cerca de Palewitz San Marcos Huista, San Marcos, con una docena de pinturas en rojo y blanco, incluyendo una impronta de mano, animales esquemáticos, figuras humanas y diseños geométricos lineares. A. Stone y Ericastilla (1999: 779, fig. 7) documentaron un canto rodado grabado en el patio de una casa en La Montaña, municipio de Malacatán, San Marcos. La configuración del grabado es como en el caso de Pachiuk, ilustrado en Lothrop (1933: fig. 4), la roca constituye el cuerpo de un animal cuadrúpedo gateando. Aquí, sin embargo, la criatura tiene una cabeza humana y un mono está cabalgando en su dorso. Cuando se documentó la pieza, la familia la consideraba un objeto de culto.

5. El altiplano oriental

5.1 *Santa Rosa*

El altiplano oriental de Guatemala, básicamente al este de la ciudad de Guatemala, tiene varios sitios notables de arte rupestre. El lugar mejor conocido es una pared

rocosa pintada en un alero poco profundo con vista a la laguna de Ayarza en el departamento de Santa Rosa. La Piedra de Ayarza fue reportada por primera vez por Edith Ricketson en 1936. En los años 1980 el arqueólogo francés Alain Ichon visitó el sitio, asistido por la arqueóloga guatemalteca Rita Grognon Cheesman, quienes supuestamente realizaron calcos (S. Ericastilla, comunicación personal, 1997). Sin embargo, estos calcos nunca fueron publicados. A. Stone y Ericastilla (1999: 778) llevaron a cabo una prospección de las pinturas en 1997; identificaron 13 motivos, mayormente en rojo, aunque también existen varios policromos utilizando rojo, azul-verde y amarillo. Las pinturas tienen una calidad excepcional. Algunas pertenecen claramente al período postclásico y reflejan influencia mexicana. Por ejemplo, una figura parada lleva una plaqueta de mariposa en la nariz, lo que es característico de México central (Fig. 50, abajo, a la izquierda). Se puede identificar el estilo de las pinturas de Ayarza como Mixteca-Puebla, un estilo de arte que se difundió a través del área maya entrando a Centroamérica durante el Postclásico Tardío. Navarrete (1996: 322) considera las pinturas de Ayarza una manifestación de influencia tardía mexicana y las ubica cronológicamente entre 1200 d.C. y la conquista. Además de la figura mencionada, las siguientes representaciones también reflejan el estilo Mixteca-Puebla: una pintura de un cocodrilo con dorso en forma de arco parado, que está más arriba de un ave (Fig. 50, arriba, a la derecha), y dos pinturas policromas de antropomorfos de perfil llevando penachos elaborados al lado de un par de huesos cruzados (Ricketson 1936: fig. 3, ilustración que fue impresa al revés). Otras pinturas son más abstractas o están tan deterioradas que no se las puede identificar. Lastimosamente, debido a la poca profundidad del alero, es muy difícil tomar fotografías del arte rupestre. La localización espectacular de las pinturas de Ayarza, con vista desde lo alto hacia el lago pintoresco, así como su estilo típico de una elite, sugieren que estas pinturas son el resultado de peregrinajes realizados desde uno de los reinos de los Quiché o los Kakchiquel, como el de Utlán o el de Iximché.

Otro sitio de arte rupestre en Santa Rosa se encuentra en el centro arquitectónico de Atiquipaque, un asentamiento prehispánico entre 700 d.C. y la conquista. Dentro de los límites del sitio hay un canto basáltico muy erosionado, cuya superficie tiene caras de frente, espirales pequeños y cintas (Francisco Estrada Belli, comunicación personal, 1998; Estrada Belli 1996: 6). En la superficie se hallan dos depresiones, de las cuales salen canales de poca profundidad, parecidos a los descritos en El Manantial, Quetzaltenango; podrían haber servido como receptores de agua. El sitio de Atiquipaque está al lado del río El Jobo, lo que sugiere otra vez una asociación del arte rupestre con una fuente de agua.

5.2 Chiquimula

Un importante descubrimiento en los últimos diez años fue el de una tradición de pinturas rupestres en la Sierra de Chiquimula. Arqueólogos guatemaltecos documentaron por lo menos cuatro aleros con pinturas en rojo, negro y verde. El sitio

más grande tiene 35 pinturas (Batres et al. 1997, 1998, 1999; Pérez de Batres et al. 1999). Algunas utilizan símbolos que parecen los de la iconografía clásica maya, pero la mayoría representa motivos antropomorfos esquemáticos, zoomorfos y geométricos. Como las cerámicas asociadas abarcan una secuencia larga, la datación del arte rupestre es insegura. Aunque al presente no se entiende bien estas pinturas, ellas podrían dar luces sobre complejos culturales desconocidos en el altiplano de Guatemala.

5.3 Jutiapa

En 1997 A. Stone y Ericastilla (1999: 776-777) documentaron tres nuevos sitios de arte rupestre en el departamento de Jutiapa: Siete Manos, Cueva del Diablo y Cueva del Venado. Los primeros dos contienen solamente improntas de manos. Siete Manos, situado a 2 km al sudoeste de la aldea de Las Lajas, municipio de Santa Catarina Mita, tiene los restos de improntas de manos sobre una pared basáltica en un área de roca expuesta a los elementos. Solamente se pueden distinguir dos improntas en ocre, aunque algunas manchas en la pared pueden ser los restos de otras. Una fuente de agua se encuentra a 25 m al noroeste del arte rupestre. La Cueva del Diablo se halla varios kilómetros al norte de Agua Blanca. En este sitio existen dos improntas negativas de manos en ocre sobre un farallón, aprox. 12 m encima del nivel del suelo. En la base de la pared fue explotado y trabajado obsidiano.

La Cueva del Venado es un sitio excepcional en el altiplano. Se encuentra a 75 m en la altura del cerro Chaguitillo, con una vista a la Laguna Obrajuelo en el municipio de Agua Blanca (A. Stone y Ericastilla 1999: 777). La entrada de la cueva mide 2 x 3 m y conduce a un túnel estrecho. En la pared izquierda está la pintura grande de un venado en rojo (largo: 1,35 m; altura: 0,63 m) (ibid.: fig. 3). El animal tiene varias manchas y parece tener un pequeño venado en el área del estómago. La presencia de una imagen de este animal en un lugar que da amplia vista al área circundante podría indicar que el sitio fue utilizado por cazadores.

Gary Rex Walters (1982) descubrió un sitio de petroglifos en Los Fierros cuando buscaba la ciudad perdida de Cinaca-Mecalco. Se encuentra a 7 km al sudoeste de Comapa, Jutiapa, sobre una pared basáltica y dentro de varios nichos al borde inmediato del río La Paz, de manera que Walters tuvo que aproximarse al sitio con barco. Uno de los paneles principales se extiende por 30 m en la pared. Algunos grabados estaban cubiertos por depósitos de arena del río o eran inaccesibles debido al nivel del agua. Esta concentración de arte rupestre es muy inusual, primero por su extensión, segundo por consistir exclusivamente en elementos abstractos, principalmente líneas cortas con ramas, con prácticamente ninguna imagen reconocible (Walters 1982: figs. 4-8). Los Fierros es una expresión de un estilo abstracto de petroglifos que no se conoce en ningún otro lugar de Guatemala. La localización del sitio en la zona sudeste maya, que era más influenciada desde Centroamérica baja que desde cualquier otra región de Guatemala, sugiere la posibilidad de que el sitio refleje contactos con vecinos en el sudeste. Debido al estilo enigmático del arte rupestre, claramente fuera de lo que se

conoce principalmente de Mesoamérica, Walters (1982: 61) sugiere un vínculo con habitantes arcaicos o del Paleoindio de la región. Sin embargo, no existe evidencia para apoyar esta teoría. Estilos abstractos de arte rupestre son más dominantes en El Salvador, donde Haberland (1975) reportó varios sitios de petroglifos con elementos parecidos de líneas cortas con ramas, incluyendo Titihuapa y Los Fierros de Guatjiagua, que se encuentran cerca de ríos. El sitio documentado por Walters parece ser el punto más occidental de este fenómeno.

En un artículo de periódico, Guillermo Mata (1973) describe grabados rupestres en cinco localidades de las montañas entre Asunción Mita y la ciudad de Jutiapa, en el departamento de Jutiapa. Uno muestra una cabeza como calavera, otro una cara simple de frente, hallada cerca de una fuente de agua, y dos otras grandes figuras paradas de frente, que sin embargo podrían ser recientes.

5.4 Jalapa

Se conoce un sitio de pintura rupestre en el departamento de Jalapa, La Peña Pintada, localizado en el balneario "Los Chorros", al este de San Pedro Pinula. Consiste en una sola pintura en una pared a 10 m del río Jalapa (A. Stone y Ericastilla 1999: 777-778). La pintura roja se halla a una altura de 3,80 m en la pared y mide 52 x 50 cm. Por su estilo e iconografía se relaciona con el arte maya y posiblemente pertenece al período clásico. Representa la cabeza de un dios viejo con penacho emergiendo de un caparazón de tortuga marcado por símbolos que no se los puede identificar (Fig. 51). Estos rasgos son característicos de un dios, conocido como Dios N y a veces llamado Pawahtun. Una cola sale de la parte superior del caparazón, al parecer es la de un escorpión, mientras las piernas que aparecen de la parte de abajo terminan en garras. Esta rara iconografía podría ser relacionada con astronomía. Ichon (1988: fig. 4) fue el primero quien reportó esta pintura.

6. Conservación del arte rupestre

Lastimosamente, el arte rupestre más dañado en Guatemala es también el más espectacular: las pinturas de la cueva Naj Tunich (Brady 1990, 1991). El gobierno guatemalteco tomó algunas medidas para proteger las pinturas. Se pusieron guardias en la entrada de la cueva poco después de su descubrimiento. Se instaló una puerta metálica para controlar el ingreso a la cueva y se delimitó con cordeles el espacio de los grupos principales del arte para mantener a los visitantes a distancia. A pesar de esto, un grave episodio de vandalismo ocurrió en 1989 cuando alguien manchó 23 pinturas. La pintura de la Fig. 43 ahora está completamente destruida. Irónicamente, un mes antes del vandalismo, el Instituto Getty de Conservación instaló equipos en la cueva para monitorear la calidad del aire y prevenir el deterioro de las pinturas.

Desafortunadamente, las mejores intenciones no pueden frenar vandalismo malicioso. Tanto rayando como escribiendo se han dañado muchas otras pinturas (Fig. 46). Sitios de petroglifos se han deteriorado principalmente por su exposición a los elementos naturales, pero también ocurrieron robos. A pesar de los daños ocurridos, no se tomaron medidas concertadas para proteger sistemáticamente el arte rupestre del país, posiblemente, porque la cantidad de los sitios no es tan grande y no parece tan importante, en comparación con los sitios arquitectónicos que tienen mucha importancia económica para la industria de turismo. Considerando la falta de recursos para proteger adecuadamente famosas ciudades mayas, como Tikal, sería difícil encontrar los recursos para la protección de los lugares con arte rupestre que son relativamente pequeños. Algunos investigadores, como Eugenia Robinson, trabajaron por muchos años estrechamente con los dueños de los terrenos. En estos casos, los dueños tienden a proteger más el arte rupestre en su propiedad, habiendo aprendido a respetarlo como su patrimonio nacional gracias a la interacción con los arqueólogos.

7. Conclusiones

Actualmente se conocen aproximadamente 60 sitios de arte rupestre en Guatemala. La mitad se halla en el altiplano volcánico y la otra mitad en los llanos en los que se encuentran 19 cuevas decoradas. El arte rupestre de las tierras altas frecuentemente está en la cercanía de agua y algunos de los petroglifos altiplánicos incluyen depresiones poco profundas con canales de desagüe, aparentemente para el flujo de líquido. Podemos presumir que el agua jugó un rol importante en las ceremonias relacionadas con el arte rupestre del altiplano. Aunque faltan las evidencias históricas de la producción de arte rupestre en Guatemala, se puede usar estudios etnográficos de grupos mayas recientes para entender los conceptos indígenas de la geografía sagrada, particularmente en relación con las cuevas (A. Stone 1995: capítulo 3; Bassie-Sweet 1991, 1996). Sin embargo, el cuadro presentado del arte de cuevas mayas en las tierras bajas es complejo. Una parte, como ciertas pinturas de Naj Tunich, está dirigida a relaciones políticas. Otras formas del arte de las cuevas se refieren a prácticas rituales, como las formaciones ubicuas esculpidas con rasgos antropomorfos. Parece que los mayas veneraban estas espeleotemas modificadas (Bassie-Sweet 1991:82-86; 1996: 151-152; Brady 1999; A. Stone en preparación). Su aspecto toscamente labrado era una selección estética deliberada para este objeto natural sagrado (A. Stone, *ibid.*).

El fechamiento del arte rupestre guatemalteco es difícil y depende en gran parte de evidencias estilísticas relacionadas con el arte de la elite. La datación estilística más temprana es de El Diablo Rojo, un sitio del lago Amatitlán que corresponde a arte olmeca del Preclásico Medio. El arte rupestre fechable más antiguo en las tierras bajas es el grabado del farallón San Diego que se asemeja a una estela preclásica tardía. Sin embargo, petroglifos abstractos al aire libre en rocas de Piedras Negras y Yaxhá pueden ser aún más antiguos. Los textos jeroglíficos pintados de Naj Tunich incluyen fechas

calendáricas de los siglos VII y VIII (MacLeod y A. Stone 1995: Tabla 1). Se realizó análisis radiocarbónico de fragmentos de las pinturas de Naj Tunich (Armitage et al. 2001; Rowe 2001).

Estilos intrusos de arte rupestre en Guatemala ponen sobre el tapete el tema de contactos a larga distancia, tal vez resultado de peregrinajes y comercio; existen ejemplos especialmente en las tierras altas del oriente, un área que fue nexo de diferentes grupos étnicos y cruce de caminos entre Mesoamérica y Centroamérica. Manifestaciones culturales únicas en esta región podrían reflejar peregrinajes a larga distancia a localidades sagradas en el altiplano oriental.

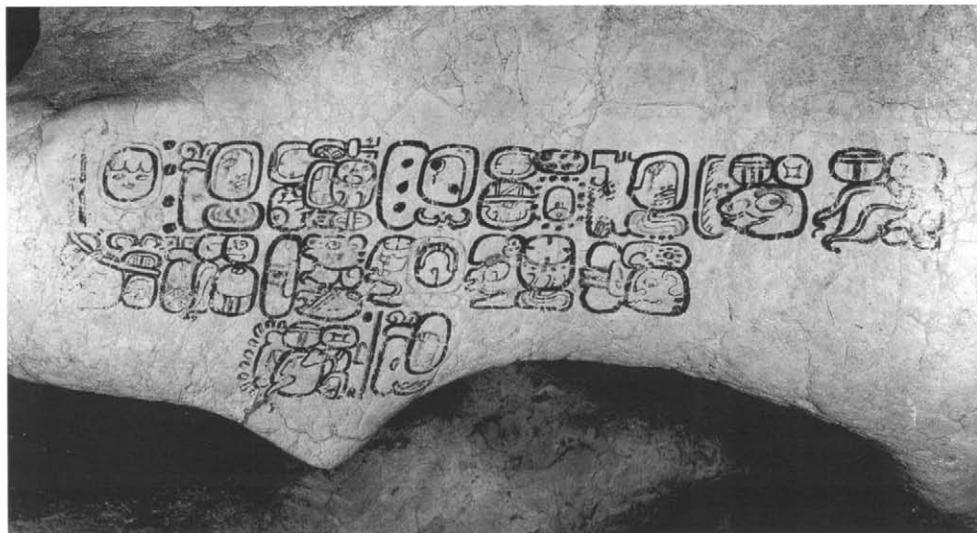


Fig. 43: Naj Tunich, dibujo 82. Mide 1,11 m. Es una de las pinturas más bellas e importantes de la cueva. Esta inscripción del siglo VIII temprano menciona a varios gobernantes de diferentes entidades políticas. Fotografía de Chip y Jennifer Clark.

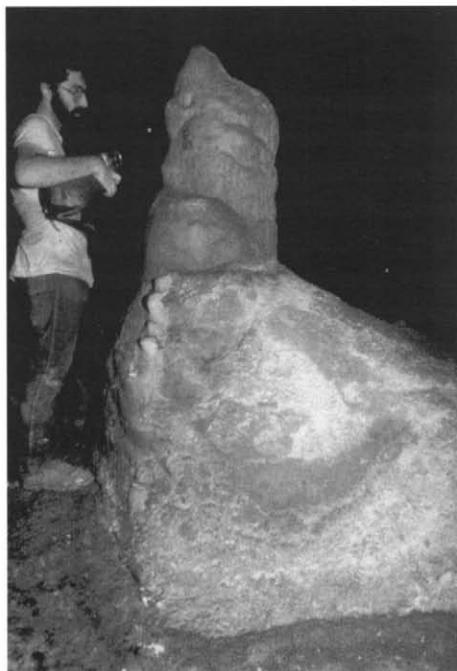


Fig. 44: Esta estalagmita, encontrada en un área remota de Naj Tunich, lleva un breve texto jeroglífico que nombra a la estalagmita “dios venado”. Fotografía de Andrea Stone.



Fig. 45: Espeleotema modificada de la cueva Jutéria en el sudeste del Petén. Dibujo de Anne Chojnacki según Siffre (1979: fig. 52).



Fig. 46: Piedra pintada, altura: 45 cm, en una pared masiva hecha por el hombre en la Cueva de las Pinturas, Cobanerita, El Petén. La pintura muestra un jeroglífico maya en los colores amarillo, rojo y negro. Alguien ha rayado sobre los contornos del glifo. Fotografía de Andrea Stone.



Fig. 47: Sitio Mejicanos (lago Amatitlán). En el primer plano se ve un canto rodado que tiene en su superficie una depresión rectangular conteniendo agua.



Fig. 48: La Casa de las Golondrinas, valle de Antigua. Una fila vertical de figuras esquemáticas pintadas en rojo, altura aprox. 1,80 m. Dibujo de Andrea Stone según una ilustración en Robinson 1997: fig. 7.6



Fig. 49: El Manantial, Quetzaltenango, canto rodado con grabados en un río, altura: 1,80 m. El grabado se halla en el punto más alto de la superficie. Se ve una calavera y un canal que sale de una depresión en el centro del canto.

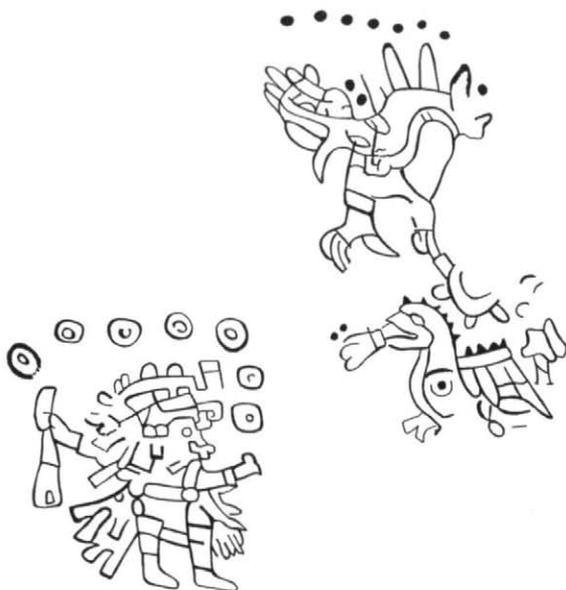


Fig. 50: Pintura de La Piedra de Ayarza, Santa Rosa. Representa una figura ricamente vestida que lleva una plaqueta de mariposa en la nariz (altura 20 cm), rodeada por discos, una criatura parecida a un cocodrilo con dorso arqueado (altura: 29 cm) y un ave, pintados en rojo. Dibujo de Andrea Stone, basado en una fotografía de Ricketson 1936.



Fig. 51: La Peña Pintada, Jalapa. Pintura roja, altura: 50 cm, sobre una cara rocosa expuesta cerca del río Jalapa. La imagen refleja iconografía clásica maya y representa la cabeza de un dios viejo que emerge del caparazón de una tortuga. La cola de un escorpión sale hacia arriba. Dibujo de Andrea Stone.